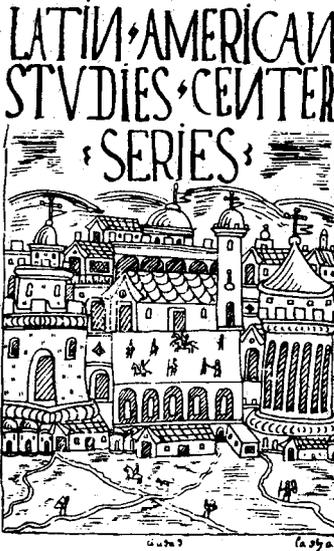


Oscar Terán
Rockefeller Humanities Resident Fellow
1989-90

Rasgos de la cultura intelectual
argentina, 1956-1966



No. 2

University of Maryland at College Park

Oscar Terán (Argentina, 1938) studied at the Universidad de Buenos Aires, where he presently teaches, and at the Universidad Nacional Autónoma de México. He has received awards from the Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1983) and from the Social Science Research Council (1987), among others. His contributions to the history of Latin American thought include several edited volumes, such as *José Ingenieros: antimperialismo y nación* (México, Siglo XXI, 1979) and *América Latina: positivismo y nación* (México, Ed. Katún, 1983). Oscar Terán's most renowned books are *Discutir Mariátegui* (Universidad Autónoma de Puebla, 1985), *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires, Catálogos, 1986), and *Alberdi póstumo* (Buenos Aires, Puntosur, 1988).

Oscar Terán
Rockefeller Humanities Resident Fellow
1989-90

Rasgos de la cultura intelectual
argentina, 1956-1966

Latin American Studies Center Series
No. 2

Editorial Board

Jorge Aguilar Mora
Graciela P. Nemes
José Emilio Pacheco
Ineke Phaf
José Rabasa
Javier Sanjinés
Beatriz Sarlo
Saúl Sosnowski (Director)
Marcelo Uribe (Series Editor)

Copyright © 1991 by Oscar Terán

Latin American Studies Center
University of Maryland at College Park
2215 Jiménez Hall
College Park, MD 20742

Rasgos de la cultura intelectual argentina 1956-1966

Las páginas que siguen constituyen la síntesis de una indagación de la cultura argentina en los tempranos años sesenta. Entre el homenaje y el exorcismo, varias veces a lo largo de los últimos años retomé y abandoné este intento, no sólo como producto del hastío que genera una tarea temiblemente interminable; también como consecuencia de la extraña sensación que se experimenta ante la relectura de textos que fueron devorados otrora con los ojos de la más estremeceadora convicción y que ahora se refractan bajo mi mirada por las lentes que en estos años fueron labradas por la historia atormentada de mi país.

Dicho con brevedad, este ensayo describe una serie de núcleos ideológicos significativos constituidos en la cultura argentina del período 1956-1966, y dentro de ellos se privilegian los que contribuyeron a la configuración de una franja crítica o contestataria. Significativos, para nuestro ángulo de análisis, quiere decir que retuvieron nuestra atención aquellos que pudieron articularse más nítidamente con prácticas sociales y con creencias considerables dentro del campo intelectual para producir efectos ampliados de cultura.

Por otra parte, la periodización propuesta reconoce la evidencia de que las condiciones de la producción intelectual fueron matizadas por los acontecimientos políticos, y con ello no hace más que traducir lo que fue una convicción del período: que la política era la región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida, por cierto, la teórica.

Se trata, en suma, de la descripción de un conjunto de ideas, temas e intervenciones ideológicas portadas por algunos intelectuales en un período al cual no es inevitable pero sí útil introducirse desde el escenario filosófico, y no sólo por la mayor familiaridad que puedo experimentar hacia este tratamiento; también porque esa disciplina ofrece una coartada idónea para sumergirse en un clima de ideas representativo de la etapa dentro de la franja intelectual contestataria.

En este aspecto, fue sin duda el existencialismo sartreano el que diseñó un módulo de vasta influencia en el planteamiento de las relaciones entre teoría y política, como contrapartida a las carencias de la filosofía académica para satisfacer esas demandas que se enunciaban desde un particular "malestar en la cultura" generado por la crisis de valores de la segunda posguerra y, en las circunstancias

nacionales, por la particular situación de los intelectuales en el período posperonista.

El grupo intelectual nucleado en la revista *Contorno* configuró uno de los ejes fundamentales en la constitución de esa franja crítica o denunciante del pensamiento argentino. Cuestionando a intelectuales del campo liberal, ya en 1953 se había enunciado una suerte de programa para esa revista: “No encontramos ejemplos: – se decía – los que tenían inteligencia se han burlado, han fracasado, se han entregado o han huido. Los que tenían buena fe y coraje han carecido de inteligencia [...] Parece que sólo nos queda la reiteración en la crítica y en la denuncia”.¹ Esta autodefinición de una figura intelectual estuvo animada de la pasión por lo concreto y la búsqueda de una práctica que permitiera pasar del otro lado de un espejo que únicamente les devolvía la imagen de cristalizaciones generadas por una realidad que llegaron a vivir como perversa. Se diseñó de esta manera una ideología que en su oposición al espiritualismo liberal construyó una concepción corporalista y al mismo tiempo fuertemente historizada.²

Este primer momento está penetrado por una autoculpabilización promovida tanto por sentirse partícipes de un privilegio de intelectual que no sólo es socialmente injusto sino que ha concluido por separarlos más del pueblo y por cegarlos ante la real novedad del fenómeno peronista.³ Así como para Martínez Estrada el 17 de octubre de 1945 surgía como el instante preciso en que las calles de Buenos Aires habían sido ocupadas por una Otridad sin razón que había terminado por cuestionar las buenas razones de los intelectuales, esa acuciante preocupación por no perder nada menos que el viento de la historia puede ser leída como efecto del “síndrome 17 de octubre” que asediara a muchos intelectuales críticos del período, quienes recordarán entre la rabia y la melancolía cómo

¹ I. Viñas, “La traición de los hombres honestos”, en *Contorno*, Buenos Aires, núm. 1, noviembre, 1953.

² Para *Contorno*, “cuerpo, sexualidad y política son a la vez representaciones y explicaciones de la literatura: esto es un desafío a la institución universitaria y a la moral filisteo de la crítica” (B. Sarlo, “Los dos ojos de *Contorno*”, *Revista Iberoamericana*, Madrid, núm. 125, oct-dic, 1983, pp. 799 y 804).

³ “Entre nosotros y los hombres que no leen se abre una profundísima, aterradora grieta”, porque – decía otro – “no basta con leer a Marx [...], es imprescindible darnos vuelta como un guante”, “desgarrarnos de nuestra clase, desgarrarnos de ese mundo viejo” (J. R. Lafforgue, “Quasimodo y las bocas calladas”, en *Centro*, Buenos Aires, núm. 14, p. 146, e I. Viñas, “Orden y progreso”, *Contorno*, núm. 9-10).

en aquel día mitológico –en vez de percibir como Scalabrini Ortiz al “subsuelo de la patria rebelado”– la izquierda únicamente había contemplado un acto fascista o policial, sin poder sumarse por ello a ese río humano que al pasar bajo la ventana de Leopoldo Marechal marcó para siempre su vida...

De tal modo, a partir del golpe militar de 1955 el peronismo conformó para la intelectualidad de izquierda un dato al mismo tiempo irrebাসable e irresoluble que –según el protagonista de esos años que fue Ismael Viñas– “puso al descubierto para quien quisiera verlo la relatividad del ordenamiento en el que vivíamos día por día, su carácter fundamentalmente hipócrita, es decir, convencional”. Esa revelación fue asumida por la franja denunciacionista en términos de una misión desgarrada. “Sin pausa en la infamia”, el peronismo había demostrado que la historia argentina era “un interminable chorro nauseabundo” que a todos involucraba y que, en el caso de los intelectuales, había desnudado que era el propio reducto de sus saberes –es decir, de su legitimidad– lo que debía ser revisado.⁴

Pero si este movimiento debía resultar más complejo que el de una arrepentida adhesión a lo que ayer se había rechazado por ajeno, ello se debió a que les resultaba inocultable que el régimen peronista no había sido excesivamente generoso con los intelectuales en materia de libertades y de un acceso ampliado al mercado cultural, ya que entre otras cosas habían padecido la universidad peronista en manos de quienes estaban en general mal dispuestos a permitir una circulación de los saberes que cuestionara la ideología básicamente tradicionalista por ellos sustentada.

Como ilustración de esta complejidad puede apelarse a la contrastación entre la revista oficial de la Universidad de Buenos Aires e *Imago Mundi*, la publicación alternativa que José Luis Romero había dirigido en los últimos años del gobierno de Perón, agrupando en ella a un importante sector de la intelectualidad liberal de izquierda marginada de las instituciones estatales.⁵ Mientras la primera incluía notas sobre una Edad Media cristiana cuya irremisible pérdida se lamenta con una entonación de la escritura que vacila entre el tradicionalismo y la ingenuidad, *Imago Mundi* se inscribe en un serio intento de actualización de la cultura nacional y

⁴ D. Viñas, “Solamente los huesos”, en *Centro*, núm. 10, noviembre, 1955, pp. 52 y 56.

⁵ Sobre *Imago Mundi*, me permito remitir a mi propio artículo “*Imago Mundi*: de la universidad de las sombras a la universidad del relevo”, en *Punto de Vista*, Buenos Aires, núm. 33, sep-dic, 1988.

de su articulación con algunos de los focos teóricos más estimulantes del mundo occidental. Mas si a partir de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* es posible imaginar por extensión el aire conformista que debió ofuscar las aspiraciones de jóvenes intelectuales que resentían la privanza de gozar de los efectos secundarios más beneficiosos de la crisis cultural de la segunda posguerra, también es cierto que, cuando muchos de los componentes de *Imago Mundi* ocuparon posiciones incluso de gobierno en las altas casas de estudio, iban a descubrir que el proyecto de una universidad que emergiendo de las sombras asumiera menos linealmente de lo supuesto el papel de relevo de la anterior requería hacerse cargo de que la sociedad, el Estado y el país todo habían cambiado más de lo que pudieron prever. Cuestión ésta que debió acuciar suficientemente a José Luis Romero –en el seno de una universidad crecientemente partidizada donde la política era cada vez menos una extensión de la práctica intelectual que la política *tout court*– como para que pocos años más tarde volviera a comprobar la terca subsistencia de la paradoja nacional: país con escasos problemas sociales y con abundantes recursos naturales, el bien escaso en el suelo de los argentinos seguía siendo la posibilidad de coincidir.⁶

Y es que para la intelectualidad crítica, si sospechosos por sus convicciones nacional-católicas habían sido los casi dos meses del primer gabinete de la llamada Revolución Libertadora, no menos dudoso e inquietante resultó el despliegue de antiperonismo a ultranza del ala liberal que desde noviembre de 1955 reemplazó en el gobierno al elenco anterior. Esa cruzada dispuesta a sellar a cal y canto hasta las fuentes de la producción simbólica peronista sólo pudo apoyarse en un deseo respaldado por un mito que se obstinaba en relatar una y otra vez que el peronismo no formaba mundo dentro de un escenario nacional normalizado, por más que por su duración y apoyos populares gritara literalmente lo contrario.

Fue justamente en torno de la evaluación del peronismo que se produjo una profunda fractura que terminó por afectar a todo el espectro político y que operó en el interior del campo intelectual en un doble sentido, ya que si el cerrado antiperonismo del grupo liberal abrió una ancha brecha respecto de la relectura que en esos mismos años intentaba la izquierda, por otra parte esa misma evaluación produjo fisuras dentro del liberalismo, como lo revelan las polémicas que atravesaron la revista *Sur*. Esta publicación reveló en rigor una

⁶ Artículo de 1959 incluido en *Las ideologías de la cultura nacional*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982, p. 40.

escasa capacidad para considerar menos rencorosa y más productivamente el fenómeno peronista. En su célebre número de fines de 1955 dedicado a este análisis, el relato de Victoria Ocampo sobre su encarcelamiento en el Buen Pastor abre una saga donde Borges o González Lanuza, entre otros, sorprenden por el éxito rotundo con que coronan una empeñada tarea por no comprender prácticamente nada de aquel hecho complejo que involucraba una historia no solamente reciente.

Dentro de este campo, y por el prestigio de las figuras que las encarnaron, las posiciones de Ernesto Sábato y sobre todo de Ezequiel Martínez Estrada fisuraron ese frente macizamente antiperonista. El autor de *El túnel* adoptará una estrategia consistente en separar al peronismo como acontecimiento social respecto de las características de su jefe, y únicamente esta circunstancia, y no el relato que agotaba al peronismo en una secuencia de crímenes y aventuras, pudo alumbrar el relámpago que turbó el festejo del propio Sábato ante el fin de lo que no vacila en calificar de “pesadilla peronista”, en aquella noche de 1955 cuyas vísperas evocaría Borges como un don mientras millones de desposeídos rabiaban por el fin de su alegría en aquellos momentos para ellos sombríos.⁷ En ese mismo año de 1956, Martínez Estrada se involucraba en un emprendimiento análogo a través de una lectura innegablemente penetrada por categorías nacidas en el ensayo ontológico-intuicionista de *Radiografía de la pampa*. Porque los males que el régimen peronista puso sobre la escena mostraban tal magnitud que –lejos de ser un rayo caído del cielo sereno de la política argentina– era la totalidad de la sociedad y la cultura nacionales las que debían quedar en entredicho.⁸

Por este y otros motivos, el caso de la revista *Sur* resulta ejemplar para ilustrar la pérdida de hegemonía de la fracción liberal en el interior del campo intelectual en los años inmediatamente posteriores al derrocamiento de Perón, como resultante de causas ubicables tanto en fenómenos políticos cuanto culturales. En el primer aspecto, a la señalada incapacidad para abordar la experiencia peronista se le sumará más tarde una crítica de la revolución cubana que ampliará el distanciamiento respecto de la franja intelectual de izquierda, aunque también desde el punto de vista cultural es visible el desfase de la publicación dirigida por Victoria Ocampo para

⁷ E. Sábato, *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*, Buenos Aires, Impr. López, 1956, pp. 11, 19, 20, 30 y 40.

⁸ E. Martínez Estrada, *Cuadrante del pampero*, Buenos Aires, Deucalión, 1956, pp. 158 y 133.

atender a las nuevas temáticas y perspectivas teóricas conectadas incluso con la crítica literaria. Así, mientras esta última se torna más profesionalizada – y sobre la cual prontamente han de influir las propuestas estructuralistas –, *Sur* permanece atendida básicamente a un estilo tradicional de abordaje del hecho literario.⁹

En junio de 1963, la propia Victoria Ocampo vuelve a utilizar este tipo de referentes para argumentar – en años invadidos por los acontecimientos políticos – en favor de un distanciamiento entre política y sabiduría que rescate la serenidad del intercambio de ideas de esta última en desmedro de la para ella inútil querrela de la política.¹⁰ Años después, proseguirá su protesta ante un mundo que ahora ha puesto al alcance de un público ampliado objetos culturales hasta hace poco patrimonio de las *élites*, como esas obras de Cortázar que son adquiridas por el “vulgo” cuando en realidad se trata – dice – de “un autor para minorías, no para lectores a quienes ha de aburrir fabulosamente”.¹¹ Este desfasaje es aún más perceptible ante el llamado *boom* de la literatura latinoamericana, ni bien se coteja como ha hecho John King la presencia de sus representantes más conspicuos en la cubana *Revista de la Casa de las Américas* y su escasa aparición en *Sur*, sobredeterminada ahora por razones políticas que alcanzarán otra vez al núcleo de *Sur* a través de Martínez Estrada y de la separación de la revista del estratégico secretario de redacción que había sido José Bianco. En el periódico *Propósitos* de agosto de 1961, respondiendo a una declaración en donde Borges, Mujica Láinez, Mallea y Bioy Casares, entre otros, habían apoyado “a los cubanos que luchan contra la tiranía de Fidel Castro” con ocasión de la invasión de Bahía de Cochinos, Martínez Estrada les enrostra pertenecer a la “intelligentsia” de la oligarquía, y con una imagen que evoca las trampas de la falsa conciencia les adjudica

⁹ Véase Adolfo Prieto, “Los años sesenta”, en *Revista Iberoamericana*, núm. 125, oct-dic, 1983.

¹⁰ “Aprovecho esta oportunidad para afirmar que opino, como Ortega, que la política no aspira casi nunca a enterarse de las cosas [...] Si algo cuerdo y saludable se le ocurrió a Keyserling cuando fundó la Escuela de la Sabiduría fue prohibir en sus sesiones la discusión” (Victoria Ocampo, “Saludo a la *Revista de Occidente*”, en *Sur*, Buenos Aires, núm. 282, mayo-junio, 1963, p. 3).

¹¹ V. Ocampo, “Después de cuarenta años”, cit. por J. King, *Sur. A Study of the Argentine Literary Journal and its Role in the Development of a Culture, 1931-1970*, Cambridge University Press, 1986, p. 170.

tener “en la cámara fotográfica de sus cerebros la imagen invertida del mundo, de la libertad y de la esclavitud”.¹²

Aquella satanización del peronismo practicada por la *élite* liberal hasta efectivamente convertirlo en un “hecho maldito” y estas otras posiciones encontradas restaron legitimidad a este estrato intelectual ante los ojos de la intelectualidad crítica, ya que para los integrantes de *Contorno* en el fondo se trataba de explicitar las razones del trágico juego de espejos que los había conducido a oponerse a un régimen que, a pesar de todo, se les iba revelando menos cuestionable a partir de las gestiones políticas posteriores. Buena parte de esa relectura ocurrió mediante un peculiar entrelazamiento de categorías populistas, y especialmente sartreanas y marxistas. En principio, porque el Edipo que pudiera resolver el enigma peronista se buscó también en los saberes de los propios peronistas, y Oscar Masotta acometió contra el número 237 de la revista dirigida por Victoria Ocampo sin dejar de repartir responsabilidades hacia la izquierda clásica por su actitud antidemocrática durante la Revolución Libertadora.¹³ Luego, la versión en clave materialista histórica les permitirá afirmar –retomando inspiraciones del troskismo de fines de los treinta– que el peronismo había representado a una burguesía industrial basada en una industrialización liviana y de tipo subsidiario,¹⁴ mientras Sebrelí por su parte pretendía enlazar aquella revisión con categorías sartreanas: visto a través de la retícula del “bastardo”, el peronismo era constituido como un movimiento básicamente antiburgués que, liderado “por un aventurero y una mundana”, había implicado un auténtico desafío a “la hipócrita ideología de la virtud y de la explotación de la Vieja Argentina”.¹⁵

También desde *Pasado y Presente* –redactada por un grupo de intelectuales que comenzaron la experiencia de su edición dentro del Partido Comunista Argentino y que por esa misma experiencia terminaron editándola fuera del mismo– esa relectura se había iniciado, ya fuere al retomar la caracterización del peronismo como bonapartismo –ya anticipada desde otro espacio político por Jorge

¹² E. Martínez Estrada, *En Cuba y al servicio de la revolución cubana*, La Habana, Ediciones Unión-Ensayo, 1963, p. 95.

¹³ O. Masotta, “Sur o el antiperonismo colonialista”, *Contorno*, núm. 7-8, 1956.

¹⁴ Art. de Ismael Viñas en *Contorno*, núm. 9-10, abril, 1959, p. 60.

¹⁵ J. J. Sebrelí, “Aventura y revolución peronista (Testimonios)”, en *Contorno*, núm. 7-8.

Abelardo Ramos – o en la crítica a la “tristemente célebre Unión Democrática”.¹⁶

De todos modos, los sucesos de junio de 1956 habían sido la demostración de que el discurso que los intelectuales forjaban era parte del más vasto crisol donde bullían sin fusionarse todos los metales del diablo de la sociedad argentina. Veintisiete fusilamientos marcaron de horror aquellas jornadas, y la investigación de las ejecuciones de civiles daría lugar a un texto célebre de Rodolfo Walsh cuyo título – *Operación masacre* – era ya un enjuiciamiento de la técnica “quirúrgica” adoptada por el gobierno para extirpar al peronismo del cuerpo nacional.

II

Aquellas posiciones sustentadas por los intelectuales tradicionales y los dramáticos sucesos políticos argentinos se comunicaron con la pronta descalificación del liberalismo y abrieron el punto de conexión con el revisionismo histórico, que proveniente de su codificación en la década del treinta va a impregnar la cultura de izquierda en estos años. La potencia de ese antiliberalismo se muestra nítida cuando se observa que este proceso de revisión y de recolocación de la cultura de izquierda incluirá hasta a un intelectual comunista como Héctor P. Agosti, que diseñará una versión destinada a distinguir entre una tradición liberal y otra realmente democrática en la historia argentina.

Si bien inscripta en un espíritu de desconfianza más amplio que la circunstancia nacional, en el caso argentino esa sospecha hundía sus propias y profundas raíces en una historia local habitada de desencantos. Al redactar el epílogo para una nueva edición de *Operación masacre* en 1964, Rodolfo Walsh verificaba que la impunidad ante los fusilamientos del 56 lo conducía a incluir en el censo de sus desilusiones aquellas expectativas que alguna vez había colocado “en la justicia, en la reparación, en la democracia, en todas esas palabras”.

En otros niveles esta crisis incluía un sistema de valores rápidamente identificados con la recurrentemente desprestigiada figura de “lo burgués”. Renacía de tal modo una categoría negativamente moralizada, y que en la tradición latinoamericana y

¹⁶ J. C. Portantiero, “Política y clases sociales en la Argentina actual”, y J. Aricó, “Examen de conciencia”, en *Pasado y Presente*, Córdoba, Argentina, núm. 1, p. 20, y núm. 4, enero-marzo, 1964, pp. 241 y 259.

argentina exhibía una prosapia que conectaba en sus terminales con la sensibilidad *fin de siècle* del “ariélismo” definido por Rodó dentro del registro del modernismo literario. Sensibilidad, en principio, de intelectual romántico en tanto enemigo de la norma, este desprestigio de larga duración coincidía con la crisis de futuro experimentada en algunas zonas de la cultura occidental en las que una crítica local percibía ese síntoma de “una sociedad decadente” que otro detectaba en una película de Ingmar Bergman y que un tercero en el cierre de la década del cincuenta extendía a la entera sociedad burguesa como “ciénaga del engaño, la explotación, la miseria presente y los ensueños realizados bajo tumba”.¹⁷

En el caso de la franja denunciacionista las referencias no tenían siquiera que hurgarse demasiado lejos, ya que la literatura sartreana abundaba en descalificaciones del espíritu burgués: símbolos de la “mala fe”, eran esas “buenas gentes” que *La náusea* había caracterizado como el prototipo del conformismo. Envés del héroe existencialista, la impugnación a estas vidas sin horizonte debe de haber sido retomada por la franja denunciacionista también de esa imagen de la mediocridad burguesa tan presente en la narrativa de Arlt. Precisamente al abordar el tema de la humillación en el autor de *Los siete locos*, Masotta hallaba su clave explicativa en que dicho sentimiento circula dentro de esa clase condenada “al cinismo pueril, al ocultamiento, a la imitación, a la mediocridad, al fingimiento, a la histeria, al miedo”, lo cual hallaría su razón final en que sus miembros permanecen lamentablemente alejados de las fábricas, y que por ende carecen de la experiencia valiosa e intransferible que comunican los trabajos físicos.¹⁸

En torno de este clima de ideas y de la relectura del peronismo, la historiografía ocupó un lugar destacado, con el resultado dudosamente feliz de que el entero pasado argentino tendió a esclarecerse súbitamente, dejando sobre el escenario histórico un drama sin suspenso en donde los actores se dejaban reducir fácilmente a los intereses de clase, grupo o facción que determinaban presuntamente sus puntuales relaciones con las prácticas políticas e intelectuales.

Mientras estos debates ocurrían, el proceso de modernización cultural posperonista introduciría nuevos temas y preocupaciones, que

¹⁷ *Centro*, núm. 12, oct., 1956, art. de Sophie Fischer, p. 66; *ibid.*, art. de E. V. T., pp. 78 y 79, y núm. 14, cuarto trim. 1959, art. de J. R. Lafforgue.

¹⁸ O. Masotta, “Seis intentos frustrados de escribir sobre Arlt”, en *Hoy en la Cultura*, núm. 5, sep., 1962.

no por menos espectaculares implicarían cambios nada subestimables en el horizonte intelectual del decenio. Este nuevo clima de ideas formaba parte del más amplio que agitaba toda la cultura occidental una vez superadas las consecuencias más dramáticas de la segunda posguerra, e incluía una corriente de optimismo generalizada que compartían –cada uno confiando en el triunfo de su propio proyecto– desde la política de Jrúschov que prometía la superación del capitalismo en el propio terreno de la economía hasta las promesas del presidente Johnson en aras de la *Great Society*. Simultáneamente se gestaba una de las rupturas civilizatorias más radicales de nuestro siglo, cuyos efectos estallarían a la luz del día pocos años más tarde. Tendencias alternativas y contestatarias que reintroducían en los estilos de vida la cultura de la libre sexualidad, el pacifismo, las religiones orientales, el retorno pretecnológico a la naturaleza, la alabanza de los paraísos artificiales de la droga y la ansiada liberación del deseo comenzaban a impugnar lo que en clave de época se designó como el *establishment*.¹⁹

Y que si no el deseo al menos el discurso del deseo circulaba en Buenos Aires lo indicaba la difusión de las prácticas psicoanalíticas entre una clientela ampliada, ya que si en el ámbito nacional aquellas expresiones iban a resultar innegablemente más módicas, de todas maneras “desde 1956 comienza a palpase un clima mental más de acuerdo con los nuevos tiempos”²⁰ y se opera “en casi todos los frentes una modernización de la sociedad argentina, observable en el tipo de consumo de la clase media, en la estructura antitradicional dada a las ideologías dominantes desde una universidad en plena expansión cientificista y en los medios de comunicación masivos”.²¹

Profunda en sus alcances sobre el campo intelectual fue en ese aspecto la creación de las carreras de psicología y sociología en la Universidad de Buenos Aires, prontamente extendidas a otras zonas geográficas del país, y con una notoria capacidad de penetración entre un público no profesionalizado de capas medias. Mientras crecía la laicización, era posible percibir que esos nuevos sectores que accedían al mercado cultural estaban compuestos en buena medida por un público juvenil, y en ese proceso constitutivo iban a oficiar un

¹⁹ Véase O. Kozlak, *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona, Kairós, 1972, y G. Howard (ed.), *The Sixties*, N.Y., Washington Square Press, 1982.

²⁰ E. Goldar, *Buenos Aires, vida cotidiana en la década del 50*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980, p. 16.

²¹ J. C. Portantiero, “Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973”, en *Zona Abierta*, Madrid, núm. 14-15.

papel central aparatos culturales tales como las nuevas editoriales, especialmente EUDEBA, y los nuevos semanarios que seguían modelos europeos o norteamericanos, dentro de los cuales *Primera Plana* constituye el caso más relevante. Formación a veces emergente de un movimiento de cambio más profundo, y a veces obstinada en una empresa para la que se cree solitariamente convocada, desde su primer número de noviembre de 1962 sus páginas están atravesadas por una suerte de pánico ante el atraso que la revela como un fenómeno típico de aquella voluntad de modernización a ultranza en regiones en las cuales, *hélas*, la modernización no aparece como un logro obvio. Al igual que en la San Petersburgo que describe Marshall Berman, también en *Primera Plana* el afán por incorporar de una vez al país a los beneficios de la modernidad suele adoptar una imagen paródica de gestos crispados que concluyen no pocas veces por brindar una figura idílica cuando no ingenua del cambio.

Para este proyecto el semanario innovará el estilo periodístico, mediante un pacto de lectura con su público que apunta a la estructuración de una “sociedad de discurso” donde sólo puedan ingresar quienes posean las claves de su interpretación. Empero, lejos de adherir a la consigna que en esos años levantaban los estudiantes norteamericanos (“Nunca hagas caso a una persona mayor de treinta años”), estas consideraciones no alcanzaban para cubrir con el mismo manto de permisividad las conductas juveniles cuando podían conectarse con comportamientos eventualmente políticos. Aquí se trataba en suma de proponer el modelo de un joven educadamente inconforme pero no contestatario, al modo como una breve nota sobre un discurso de Ernesto Guevara en las Naciones Unidas no ocultaba su inquina ante el “asmático discurso” de ese “hombrecillo de uniforme verde oliva sin corbata y con botas de campaña, de larga melena y barba rala”, que venía a representar algo así como las antípodas de aquellos otros jóvenes que el semanario proponía como paradigma.²²

Este mismo afán de modernización, y la emergencia de otros tantos bloqueos al mismo, preside la creación del Instituto Di Tella, fundado en 1958 y que por su ubicación – como ha señalado Beatriz Sarlo – formaba parte de una infraestructura topográfica para la definición de un campo intelectual en esos años de Buenos Aires. Refiriéndose al Instituto, *Primera Plana* dirá alguna vez que a partir de su apertura “desde ayer, en Florida 940, el mundo moderno está

²² “Aplausos de color para un asmático discurso”, *Primera Plana*, Buenos Aires, 22 dic, 1964, núm. 111, p. 24.

al alcance de todos”,²³ con una línea de argumentación análoga a la que llevará a Guido Di Tella a confesar años más tarde que el motivo de aquella creación reposaba sobre la ingenuidad de querer “transformar a Buenos Aires en una de las capitales de arte del mundo.”²⁴ Existían seguramente algunos indicadores que determinaban que estas pretensiones no resultaran una fábula más del mito de la grandeza argentina,²⁵ pero de nada valdrían estas expectativas innovadoras aunque pretendidamente apolíticas ante una colocación evidentemente conflictiva dentro de la cual el Instituto Di Tella quedaría atrapado. Tiempo después, el mismo general Onganía que encabezó el golpe de Estado de 1966 declaraba cuál era su visión de ese experimento cultural: “Yo me acuerdo – confesó con sinceridad – que alguien me contó que en la pared del Di Tella había un miembro pintado y que exhibían baños. Bueno, la idiosincracia argentina no está preparada para este tipo de cultura.” Y si pocos años antes Marta Minujín había podido aludir al centro cultural de la calle Florida identificándolo con el Greenwich Village luego se supo con cuán desmesurada exageración, ya para 1968 uno de los animadores de esa experiencia testimoniaba que la politización de la cultura determinaba que también en el Di Tella “los pintores dejaban de pintar, la gente de teatro dejaba de hacer teatro”...

III

Cuestionado por la derecha como disolvente de las buenas costumbres, desde la izquierda no se le perdonará la frivolidad que efectivamente contenía y que figuraba la antítesis del modelo predominante del intelectual comprometido, pero además pesó sobre esa descalificación que graficaba la escisión entre vanguardia política y vanguardia estética toda una ideología que extraía su fuerza de la búsqueda de vinculaciones de la Argentina con Latinoamérica y de la desconfianza ante los datos provenientes de la cultura europea. Temas xenófobos que habían sido patrimonio de la élite oligárquica ante los efectos no deseados del aluvión inmigratorio, o de la reacción espiritualista y nacionalista del Centenario, aparecían ahora

²³ *Primera Plana*, núm. 39, 6 agosto, 1963, pp. 32-33.

²⁴ J. King, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, Ediciones de Arte Gaglianone, 1985, pp. 10 y 202.

²⁵ B. Oldenburg, “La Manzana Loca recordada por una gran muestra en San Telmo”, en *La Razón*, Buenos Aires, 14 marzo, 1985, p. 39.

en otras cabezas impugnando sin demasiado escándalo el papel de las masas inmigrantes, que Hernández Arregui – en una coincidencia vertiginosa con Cané o Lugones – veía integrada “por trepadores sociales con los pies en la Argentina y la cabeza sórdida en Europa”, así como para este nacional-populista el tango devino el aspecto triste de un cosmopolitismo carente de raigambre nacional.²⁶ Demasiado obviamente para semejante mirada, dicho cosmopolitismo había sentado sus reales en un espacio urbano que concluyó por resultarle consustancial: inversión simplificada de las lentes del *Facundo*, la cultura de los años considerados desembocaba por una de sus líneas en el descreimiento de las ciudades-puerto, abiertas al mercado de bienes económicos y simbólicos, y Buenos Aires se constituyó en la metáfora geográfica de la entrega al extranjero. Esta lectura de la realidad fue ganando terreno entre la intelectualidad, e incluso cruzó sus baterías conceptuales con el universo discursivo también en ascenso del marxismo, aun en sus versiones más crasamente economicistas, reforzando desde su lado la desconfianza en las prácticas teóricas. Si las verdades ocurrían siempre en otra escena que aquella habitada por lo simbólico, si la lógica de la historia se identificaba con la gramática de la economía, entonces la cultura adquiriría la imagen sin residuos de lo superestructural y las palabras hallaban nuevamente negada toda eficacia.

Existieron empero otras estrategias que implicaron un enriquecimiento de enfoques porque pudieron enlazar una ruptura con el estalinismo poco antes dominante con una traducción de nuevos referentes teóricos al caso argentino. Una de dichas versiones estuvo constituida por la introducción de los textos de Gramsci, en un operativo de rescate del módulo de lo nacional-popular y de enfatización de una categorización del fascismo italiano en cuyas analogías resultara posible la relectura del peronismo. Puesto que si el fascismo no era, como creía Croce, “una enfermedad intelectual y moral” sino “un nuevo sistema de organización de las fuerzas políticas y sociales en torno de un Estado de nuevo tipo”, entonces se tornaba verosímil y estimulante implementar esta evaluación más compleja de un hecho histórico crucial para el análisis del propio fenómeno peronista.²⁷ Por otra parte, era evidente que el voluntarismo gramsciano resultaba congruente con el deseo de

²⁶ J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 81 y 75.

²⁷ J. Aricó, “Geografía di Gramsci in America Latina”, en *Crítica Marxista*, núm. 5, 1985, p. 24.

revolución mediante el cual estos intelectuales compartían el aroma espiritual del humanismo generalizado de la época, centrado en la convicción de que las marcas que una materialidad enajenante ha inscripto sobre el cuerpo de los hombres pueden ser borradas por el esfuerzo consciente de la voluntad humana organizada.

La difusión de esta y otras interpretaciones del marxismo entre la intelectualidad crítica formaba parejas con la emergencia del fenómeno de la llamada “nueva izquierda”. Ya un número del año 1960 de *Cuadernos de Cultura* – órgano intelectual del Partido Comunista Argentino – reconoce la existencia y cuestiona la legitimidad de dicha formación, y poco antes la compilación de diversas opiniones en el libro *Las izquierdas en el proceso argentino* reveló la autoconciencia que ese naciente sector albergaba respecto de su propio desarrollo. La emergente “nueva izquierda” argentina podía entonces ser caracterizada precisamente por albergar núcleos “entre nacionalistas de izquierda o, tal vez con alguna mayor precisión, nacionalistas marxistas”.²⁸

Pero que la expansión del marxismo era un dato mucho más amplio que el esperablemente albergado dentro de la izquierda lo señala de modo destacado la incidencia del mismo sobre el área católica, hasta el punto de que la radicalización de un sector de la dicha intelectualidad configura uno de los acontecimientos distintivos de la década del sesenta, a través de una curva que conducirá esquemáticamente desde el rescate del “sentido de la tierra” que podían hallar en las obras del jesuita Theilard de Chardin hasta un diálogo con el marxismo progresivamente amasado con los temas de la liberación nacional y social. Era esa radicalización la que desde la derecha católica percibía y denunciaba el periódico *Junta Grande*, que en su edición del 28 de agosto de 1963 alertaba respecto la “amenaza de un catolicismo marxista” y contra la proliferación de los “católicos ingenuo-progresistas”.

IV

Dentro de este conjunto de creencias, el imperialismo se fue perfilando como la categoría central capaz de explicar toda la trama de la historia nacional. Para estas certezas existía un clima mucho más que argentino, máxime cuando la revolución castrista se inscribía

²⁸ Véase el art. de Ismael Viñas en *Contorno*, núm. 9-10, p.43.

en el ancho curso de las luchas que prolongaban el despertar anticolonialista de la segunda posguerra, y que ahora adoptaban su fase más decididamente antimperialista al desplazar el eje de la insurrección mundial desde los países desarrollados hacia esos arrabales del planeta que entonces con valoración positiva comenzaba a llamarse el Tercer Mundo. A partir de 1960 las guerrillas del FLN en Vietnam del Sur abrirán uno de los capítulos fundamentales del proceso de liberación nacional, que arrastrará a la primera potencia del mundo capitalista a un conflicto en cuya derrota muchos creyeron hallar la posibilidad cierta de una victoria semejante.

Ya cuando el entonces vicepresidente Nixon realizó su gira por América Latina en 1958, el repudio que recibió fue síntoma de las resistencias que la política norteamericana provocaba en el subcontinente, potenciadas a raíz de las posteriores intervenciones armadas en Cuba y Santo Domingo. El ambiente político de la época estuvo signado por un profundo antinorteamericanismo, que incluía tanto el rechazo a su política exterior cuanto a su modelo cultural, hasta el punto de que Sartre considerará como un elogio los insultos que recibiera por las calles de La Habana cuando se lo confundía con un norteamericano.²⁹

Que el antimperialismo no era un sentimiento sólo difundido entre los sectores de la izquierda o del nacionalismo argentino lo señaló el subtítulo de un libro de autor prontamente célebre: "La lucha antimperialista como etapa fundamental del proceso democrático en América Latina" especificaba la intención de *Petróleo y política* de Arturo Frondizi. En torno de su propuesta, de su ascenso a la presidencia de la república y de su "traición", parte de la generación denunciacionista profundizará algunos de sus planteamientos y abandonará sus ya escasas ilusiones sobre las relaciones pacíficas del saber con el poder. Esta experiencia se desarrollará con sorprendente celeridad, de tal suerte que hacia 1959 estará prácticamente cancelada, sirviendo junto con la revolución cubana como límite que señala el pasaje a una mayor radicalización de las posiciones también en el campo cultural. Demasiado rápidamente, las peores suspicacias sobre la endeblez de aquellas promesas de liberación nacional y de justicia social iban a verse confirmadas, dentro del clima de universal sospecha que suscitó entre propios y extraños el gobierno Frondizi, sometido desde el vamos al veto anacrónico de unas fuerzas armadas celosas hasta el hartazgo de

²⁹ *El Grillo de Papel*, Buenos Aires, núm. 6, oct-nov, 1960, p. 5.

vigilar cada uno de los movimientos de un presidente dispuesto a su vez a cualquier tipo de concesiones con tal de mantenerse en ese más que retaceado poder.

Sobre el campo cultural, esta gestión reforzó la tradición "modernista" de la incontaminación del intelectual con el Príncipe. Se cerraba de esta manera aquel círculo que definía un estilo de intervención en la política que se veda la incidencia directa sobre el Estado, caracterizado como un centro no reformable y con el que es preciso no comprometerse para no verse incluido en su "engranaje", según el título de la obra de Sartre que podría emblematizar los temores de esta franja de intelectuales hacia el poder. Se ofrecerían a partir de ello condiciones aptas para el perfilamiento más nítido de una zona cultural segregada institucionalmente del aparato político y autolegitimada ideológicamente en dicha marginalidad. Entre la Institución y los Márgenes, entre la universidad y el autodidactismo, se abría un espacio en el que se inscribirán futuras tensiones en la constitución de una nueva figura del intelectual. Ilya Prigogyne sugiere que un requisito de la creatividad intelectual es la existencia de un dios fuerte y un príncipe débil, el primero para fundamentar la objetividad y el otro para garantizar ese mínimo de desorden sin el cual la inteligencia carecería de estímulos. Quisiera llamar por ello "efecto Prigogyne" a lo que caracteriza la situación de los intelectuales críticos de esos años en la Argentina, y conectar esta idea con la aparente paradoja señalada por Silvia Sigal de que los intelectuales "están débilmente insertados en el Estado o en las organizaciones sociales pero presentes en la sociedad y en la política, y se definen con relación a ellas".³⁰

Este "estado de disponibilidad" de un estrato intelectual ante el desorden de la política se acentuó al producirse el desencanto frondicista, pero lo que cerró el camino para que el desencanto no se tradujera masivamente en la figura del intelectual como "enemigo de la sociedad" fue la gozosa revelación en la geografía latinoamericana de ese dios de la Revolución que descendía desde las selvas para asediar las ciudadelas del poder burgués. Súbitamente, hasta la naturaleza que en el ensayo ontológico-intuicionista había fungido como maldición eterna que condenaba a estas tierras a estadios histórico-geológicos insuperables, podía tornarse aliada del deseo de revolución, para eludir el epígrafe con que Sebreli había

³⁰ S. Sigal, *Intellectuels et Politique en Argentine*, París, Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux, 1986, p. 2.

encabezado una de sus críticas contra Martínez Estrada: “La naturaleza –decía– es de derecha”.

Incluso las últimas posturas del autor de *Radiografía de la pampa* pudieron alentar la desconfianza de la franja denunciacionista aun respecto de este intelectual que rompía el cerco liberal pero sin poder traspasar las limitaciones de quien sigue pensando que su propio país está incapacitado para tomar la senda revolucionaria que tan encomiásticamente había saludado. Y es que si Cuba pudo hacer lo que hizo por sus distintos orígenes fundacionales, la Argentina debía plegarse a la aceptación de otro destino que no la conducirá a las bondades de que sí ha podido gozar la isla del Caribe. De ese desencanto con su propio país queda el testimonio de una carta de agosto de 1961 donde confiesa no tener decidido si permanecerá en Cuba o irá al Uruguay, pero no a su país, “donde yo he quemado mi vida en una hoguera de pasión encendida para alumbrar un camino en la noche –escribió–, pero que hasta ahora sólo ha dado humo y cenizas” ...³¹

No era lo que pensaba Regis Debray a su paso por la Argentina, quien, al observar aquel renovado fervor entre los intelectuales, concluyó que uno de los lugares donde podía medirse el calor de la efervescencia revolucionaria era la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.³² Es cierto que hacia 1960 el fenómeno cubano ha comenzado a encender de entusiasmo la conciencia de sectores de izquierda, como los que expresaba la revista literaria *El Grillo de Papel* en su ejemplar de agosto-septiembre, mientras nada menos que desde *Sur* Ernesto Sábato contrasta a ese “grupo de muchachos heroicos y puros” que ve encarnados en los guerrilleros castristas con el proimperialismo del gobierno de Frondizi “que hoy apenas es el portavoz de su amo”.³³ Era el inicio local, todavía en el plano de las palabras, de lo que se suponía la larga marcha de América Latina, y que pasará al terreno de los hechos con la fugaz y frustrada experiencia guerrillera de 1964, cuyo jefe ostentaba el *nom de guerre* de Comandante Segundo, a la espera de aquel primero, que no podía ser otro que el mismo Che Guevara...

Objeto constituido por fuerzas heterogéneas, el discurso humanista de la filosofía crítica argentina iba asimismo a soldarse, de

³¹ E. Martínez Estrada, *En Cuba y al servicio de la revolución...*, p. 93.

³² R. Debray, “El castrismo. La Gran Marcha de América Latina”, en *Pasado y Presente*, Córdoba, Argentina, núm. 7-8, p. 134.

³³ E. Sábato, “Palabras, palabras, palabras”, en *Sur*, núm. 267, nov-dic, 1963, pp. 40 y 41.

hecho, con este *élan* voluntarista de igual signo que la revolución cubana comenzaba a irradiar. Después de todo, una lectura posible del satrismo era que el lugar vacante por la muerte de Dios podía ser ocupado por esa pasión tan inútil como dadora de sentido del hombre; y el aura incommensurable de la idea de revolución ahora realizada en tierras latinoamericanas produjo consecuencias político-culturales formidables sobre extensas capas de la intelectualidad argentina. La idea de revolución, y de una revolución violenta, reclutó una alta credibilidad que fue entonada con notas heroicas bajo la convicción de que la caída misma del imperio “es obra de la lucha concreta y objetiva que llevan a cabo, en el riesgo de muerte, los hombres que tienen el difícil coraje de ir hasta el término de sus conductas colectivas,”³⁴ conscientes asimismo de que en esta lucha revolucionaria la “ ‘sangre’ y el lodo no están excluidos y la victoria cuesta a veces miles de víctimas, de sacrificios inauditos, de esfuerzos sin precedentes”.³⁵

Los hilos tensos de estos discursos se desplegaban en el marco de una gestión gubernamental errática, acusada por los cazadores de brujas de un comunismo ideal al que el frondicismo respondía con medidas realmente anticomunistas. La democracia lució entonces inútil cuando no francamente perjudicial, y esta minusvaloración fue sancionada por el discurso desde distintas posiciones. “La lucha de las masas contra sus enemigos internos y externos – decía Hernández Arregui – sólo puede resolverse mediante el establecimiento de regímenes autoritarios”, y desde la izquierda se recomendaba no cuestionar sin más todas las dictaduras, porque eso sería permanecer solamente en el terreno de la *forma*, sin atender a lo realmente definitorio que es el contenido social que sostiene a esos regímenes. En sus postulados mismos, esta concepción cuestionaba como vicios formales las pretensiones del constitucionalismo liberal, y en un encuentro no inesperado con el marxismo vería que la declamación de la igualdad encubría las fracturas materiales que las disparidades económicas abren entre las diversas clases sociales.

Identificada la democracia con uno de los velos que ocultan la auténtica realidad, esta convicción formará sistema con esa matriz de pensamiento que se ha constituido al menos desde la década del treinta en la ensayística argentina obstinada en afirmar la existencia de “dos Argentinas”, pero que ahora retornaba al calor del derrumbe

³⁴ L. Rozitchner, “Marxismo o cristianismo”, *Pasado y Presente*, núm. 2-3, julio-dic, 1963, p. 132.

³⁵ J. Aricó, “El stalinismo y la responsabilidad de la izquierda”, *ibid.* p. 196.

de las “formas” de la política. Ya el peronismo había demostrado que detrás de las apariencias y velos de la república se ocultaban “las estructuras en que se basa el privilegio [y] la deformación impuesta al país por el capitalismo imperialista,”³⁶ y el fraude electoral del 18 de marzo de 1962 destinado a desconocer el triunfo peronista fue entendido como la verificación de que “el esqueleto de la Argentina ha quedado al descubierto: definitivamente no quedan salidas burguesas para la situación nacional.”³⁷ Caía así el disfraz de una realidad que comenzaban a desnudar las nuevas generaciones, mientras viejos intelectuales populistas como Jauretche utilizaban el sintagma emblemático de “historia oficial” para enunciar la impostura por debajo de la cual yacía el estrato geológico de la verdadera historia subterránea que ahora los terremotos de la política hacían emerger,³⁸ para que la deseada “desmitificación” – palabra clave de los *sixties* – pasara de los libros a la dura pero resplandeciente realidad. Era difícil dudar de que en efecto había sonado la hora de desacralizar “la visión optimista y retórica de una Argentina ficticia, irreal, que la cultura ‘oficial’ se esforzó por inculcarnos”.³⁹

Las “dos Argentinas” eran el síntoma de crecientes distancias abiertas en los estilos de vida y los proyectos de nación, y esta polarización era al mismo tiempo avalada por la convicción de que se estaba ingresando en una etapa de definiciones igualmente extremas. Las posiciones adquirieron un fuerte carácter excluyente, y la intervención argumental, un tono literalmente polémico. Una impronta de diatriba, un discurso animado de la lógica “amigo-enemigo” ganó a buena parte de los debates, y a todos ellos, la vehemencia de quien se sabe poseedor de una verdad que los demás se niegan aviesamente a aceptar.⁴⁰

³⁶ I. Viñas en C. Strasser (comp.), *Las izquierdas en el proceso argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 277.

³⁷ J. C. Portantiero, “Política y clases sociales en la Argentina actual”, loc. cit., p. 22.

³⁸ E. Jauretche, *Los profetas del odio*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 8a. ed., 1982, p. 47. La primera edición es de junio de 1957.

³⁹ *Pasado y Presente*, núm. 1, p. 2.

⁴⁰ “La lucha que se refleja en el plano de la ética, que expresa el plano de la realidad total, puesto que es total alcanza también a la investigación filosófica. Es una lucha a muerte donde los adversarios no pueden considerarse mutuamente, en el momento preciso del enfrentamiento, como ‘objeto’ de estudio. La lucha realiza la convergencia dramática de todas las perspectivas y las pone a prueba en el acto concreto: en ella se ‘materializan’ las ideologías [...] No quiere decir esto que nos evadamos del diálogo – se escribió – ; simplemente decimos que el oponente no admitirá en el diálogo, si admite siquiera el diálogo, las evidencias que podamos

Esa verdad requería ser localizada en una totalidad de la cual extrajera su validación, y esto, a su vez, requería el hallazgo de un sujeto que por su posición social estuviera en condiciones de totalizar el horizonte de visibilidad de la historia. No era difícil recurrir a viejos textos lukacsianos o marxianos para decidir que el proletariado contenía esa virtud ejemplar que garantizaba de paso la transparencia absoluta entre el deseo y su satisfacción.

Ese operativo podía fundarse en Hegel, Sartre, Gramsci o incluso en las primeras interpretaciones del estructuralismo que comenzaban a penetrar entre nosotros, pero es preciso sospechar que esa noción de totalidad contribuyó desde su lado a concederle a las doctrinas una presunta autoconsistencia que debía conspirar contra las posibilidades de un debate plural y permisivo. Si la democracia se funda en la aceptación de que toda sociedad está habitada por intereses y opiniones irreductibles que deben convivir, competir y negociar sus conflictos, en la versión de la política que se fue abriendo paso en algunos miembros de la franja crítica de la cultura argentina, era más bien una incompatibilidad de paradigmas políticos y también morales lo que creían observar entre sus posiciones y las del literal enemigo. En un relato de la visita de Sartre a Cuba publicado en 1960 por una revista de la nueva izquierda argentina, el filósofo francés enunció la siguiente concepción de la libertad de prensa: "Tengo a bien aclarar que creo que los que están en contra de la Revolución no tienen derecho a hablar, lo que quiero saber es si los que están a favor pueden hablar porque es allí donde comienza la libertad de prensa."⁴¹ Resultaría tan sencillo como anacrónico señalar que se trata al menos de una definición curiosa; más útil es considerarla como una verificación del aire de los tiempos al presentarnos una posición que podía circular dentro de una revista literaria de izquierda sin provocar ningún escándalo, y observar el modo en que poco a poco los principios comenzaron a lucir como trincheras, la polarización doctrinaria se profundizó y no pocas veces el maniqueísmo fue penetrando el estilo de las intervenciones teóricas.

Debía crecer con ello también la conciencia de que toda actividad puramente intelectual estaba condenada a sufrir las consecuencias de un proceso del que más valía la pena ser actor. Se fortalecía de esta manera la creencia férrea de que política y actividad intelectual debían marchar no sólo estrechamente unidas sino que, mediante un

presentarle". (L. Rozitchner, *Moral burguesa y revolución*, Buenos Aires, Ediciones Procyón, 1963, pp. 13 y 15).

⁴¹ *El Grillo de Papel*, núm. 6, oct-nov, 1960, p. 5.

desplazamiento creciente, era la política la práctica dadora de sentido de todo ejercicio intelectual. En la siguiente cita puede palpase esta politización de la cultura que constituye otro de los rasgos característicos del decenio: “La literatura y la cultura argentinas en su última y más profunda instancia es asunto político [...] Toda estética, pues, [...] implica una moral. Es decir, toda estética – a través de ciertas mediaciones – presupone una visión del mundo; y lo correlativo: una ideología política”.⁴²

V

Este rasgo explica que la ya señalada presencia de los intelectuales en el campo social haya coexistido paradójicamente con un innegable antiintelectualismo de época que atraviesa prácticamente todo el campo cultural. Ya que si Jauretche había encabezado *Los profetas del odio* con la cita de Gandhi advirtiendo sobre la dureza de corazón de los hombres cultos, también Ernesto Sábato halló en su antiintelectualismo un punto de coincidencia con esa veta proyectándola hasta un lejano pasado en donde se hallaba la misma ajenidad entre pueblo e intelectuales que había conducido a la incomprensión del peronismo.⁴³ Un lamento análogo se levantaba desde la intelectualidad de izquierda, autodefinida como condenada a vivir “en un presente vago, agitado y caótico, entre las ruinas de un pasado semiderruido y un porvenir que sólo se entrevé por momentos”.⁴⁴ Y dentro del censo positivo que Martínez Estrada realizaba de la revolución cubana, incluía como lo más saludable que “los intelectuales [...] mayormente no cuentan como tales en el proceso revolucionario”, para celebrar luego casi con envidia que Martí hubiese muerto como mayor general del ejército libertador cubano y no con las palmas de la academia de la lengua.⁴⁵

Curiosamente, la minusvaloración de los intelectuales no era compartida por los núcleos tradicionalistas de la sociedad argentina, que por el contrario localizarán en ese sector uno de los focos de disenso capaces de contaminar con su prédica a vastos estratos

⁴² D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 77 y 203. La primera edición es de 1964.

⁴³ E. Sábato, *El otro rostro del peronismo*, pp. 44 y 40.

⁴⁴ J. J. Sebrelli, “Testimonios de una generación”, en *Marcha*, Montevideo, 23 de junio, 1965.

⁴⁵ E. Martínez Estrada, *En Cuba...*, p. 51.

sociales. Esas sospechas fueron implacablemente articuladas en el interior de las fuerzas armadas con la doctrina de la seguridad nacional, surgida con significativa anterioridad a los intentos revolucionarios internos e incluso a la misma revolución cubana, y cuya escueta tesis había escuchado el general Onganía a mediados de 1963 de labios del representante del Departamento de Estado norteamericano: “En momentos en que las llamadas ‘guerras de liberación nacional’ –dijo este último– son el instrumento básico de una nueva clase de imperialismo que nos amenaza a todos, las fuerzas militares de América Latina deben reconocer la urgencia de esta amenaza, que se levanta dentro de las fronteras nacionales, no fuera de ellas”.⁴⁶ El señalamiento del sector de la cultura como uno de los puntales de esta penetración subversiva constituyó una testaruda creencia dentro de las fuerzas armadas, y en función de ella se estructuró una práctica de vigilancia, control y represión sobre quienes se supuso participaban de esa estrategia aviesa. Durante todo este período van a ser recurrentes los operativos de las fuerzas de seguridad en su inagotable tarea de secuestrar libros, allanar editoriales, prohibir películas y publicaciones toda vez que se consideró que se hallaban incursos en las desviaciones enunciadas.⁴⁷

Esta óptica implacablemente tradicionalista era nutrida desde diversas instancias de la sociedad civil, y la iglesia católica desempeñó en este terreno un papel de vanguardia dudosamente piadoso. Para los años referidos, se cristalizó de ese modo en esferas de poder una visión integrista católica de profundo antimodernismo que verá amenazados los bastiones del orden cuando sus propios valores nacionales, espiritualistas y familiaristas se vean presuntamente carcomidos por los males perversos del divorcio, la pornografía y también el libre ejercicio de toda actividad intelectual crítica.

Mientras tanto, el interinato del Dr. Guido había sido sustituido en elecciones otra vez proscriptivas para el peronismo por el presidente Arturo Illia, cuya gestión sufrirá los embates de un proyecto golpista por fin consumado en 1966. A dos meses de su asunción, ya *Primera Plana* expresaba lo que creía “la sensación

⁴⁶ “En el curso de los años 1958 y 1959 comenzó a difundirse en el Ejército Argentino la tesis de que el peligro mayor que se podría enfrentar no era el de una guerra mundial [...] sino el de guerras políticas contra guerrillas comunistas o contra la subversión extremista” (*Primera Plana*, Buenos Aires, núm. 35, 9 de julio, 1963).

⁴⁷ Véase A. Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura. Argentina 1960-1983*, Centro Editor de América Latina, 1986.

general de inoperancia que ofrecen las autoridades”,⁴⁸ y el actor destinado a hacer efectiva esa recomposición política eran obviamente las fuerzas armadas. Si desde el integrismo católico se pudo decir que “la espada que se desenvaina con honor se conserva inmaculada cuando hiere y mata, porque hace del sufrimiento y de la muerte servidores de la justicia,”⁴⁹ Mariano Grondona sobre la base de un supuesto proyecto modernizador argumentaba que esas mismas fuerzas “sirven inevitablemente como ‘poder de reserva’ de todo sistema. Cuando fallan los supuestos del poder normal, el ‘poder de reserva’ se hace presente y actúa”.⁵⁰

Cuando ese golpe demasiado anunciado finalmente se produjo con importantes apoyos dentro de la sociedad civil, la franja crítica de la cultura argentina fue uno de los blancos de sus iras tradicionalistas. En esa dialéctica que pronto sería mortal, aquella célebre “noche de los bastones largos” fue para muchos de sus componentes la verificación cabal de que todos los caminos institucionales de la cultura se habían cerrado para siempre, y que con ello era la identidad misma del intelectual la que debía modificarse. Desde entonces, también la cultura crítica argentina se articulará en un espacio ocupado por nuevos actores dispuestos ahora sí de veras a remplazar las palabras por el fragor sin ternura de la fuerza.

Cuando se escuchó en la misma calle Florida en la que se localizaba el Instituto Di Tella a un grupo de jóvenes de extrema derecha gritar “¡A degüello con los hippies!”, aquellas palabras eran en rigor el final paródico de nuestros años sesentas que en otras latitudes habían enriquecido a una cultura sin verse tan brutalmente bloqueados por el tradicionalismo de los sectores duros de la sociedad. También eran la demostración de que, como en el inconsciente freudiano, los tiempos históricos se aplastaban en la sincronía más puntual, para retrotraer un fragmento de la memoria nacional a aquellas escenas que Enrique Molina novelizó mostrando en el siglo XIX argentino esa circulación de cabezas seccionadas con que durante años se celebró en mi país el *strip-tease* de la muerte.

En el cruce perverso de modernidad y tradición, a mediados de esos años sesenta Buenos Aires podía dar la imagen de una ciudad

⁴⁸ *Primera Plana*, 3 de diciembre, 1963, p. 5.

⁴⁹ J. B. Genta, *Guerra contrarrevolucionaria*, Buenos Aires, Ed. Dictio, 1976, p. 551

⁵⁰ M. Grondona, “Las respuestas de Onganía”, *Primera Plana*, núm. 96, 8 de agosto, 1964, p. 5.

dinámica y conectada con los aires del mundo. Y sin embargo, la amarga descripción de David Viñas seguía teniendo verosimilitud: "Buenos Aires no era el centro del mundo [...] sino una ciudad inmensa y oscura [...] Más allá empezaba el campo de batalla".⁵¹

Empero, en el momento mismo de concluir este texto, aquel decenio – vapuleada su teórica, cuestionadas sus utopías y contra muchas de las afirmaciones aquí mismo contenidas – me sigue sorprendiendo no sólo por revelarme la infinita distancia que cabe en la delgada lámina histórica de unos pocos años. También porque estas páginas a veces pretendieron anticipar el horror que les siguió y sin embargo bien sé que ahora contendrán una no deseada entonación melancólica. Y si es cierto que no hay nostalgia del horror, sólo puedo encontrar una justificación para ese inesperado matiz mediante una leve paráfrasis de Octavio Paz, empecinada en decir que quien en aquellos años de fuego conoció la esperanza ya no la olvida: la sigue buscando bajo todos los cielos, entre todos los hombres, entre todas las mujeres.

⁵¹ D. Viñas, *Dar la cara*, Buenos Aires, Ed. Jancana, 1962, p. 601.

**LATIN AMERICAN STUDIES CENTER
SERIES**

No. 1 Luis H. Antezana

*Dos conceptos en la obra de
René Zavaleta Mercado*

No. 2 Oscar Terán

*Rasgos de la cultura intelectual argentina
1956-1966*

No. 3 Rafael Gutiérrez Girardot

*La formación del intelectual hispanoamericano en
el siglo XIX*



Printed on Recycled Paper